



Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

Facultad de Ciencias Económicas. El toque del rey Midas

Por Teresa López Chávez

La pregunta que intenta responder este ensayo, es acerca de la aparición tardía de la economía, la contaduría pública y la administración de empresas como nuevas profesiones, necesarias para un país en crecimiento, y en el seno de una institución como la Universidad de Antioquia, que había desarrollado ya para mediados del siglo XX un prestigio reconocido nacionalmente en la formación de médicos y abogados, gracias a su solidez institucional, y su papel crucial de abanderada de los idearios políticos de una región que por aquel entonces lideraba en el país el proceso de industrialización, el desarrollo de los servicios públicos y de la infraestructura, en contraste con otras regiones que, aunque mejor dotadas, no despertaban aún a las aventuras empresariales.

Cuando se dice aparición tardía es necesario aclarar que las profesiones como la economía, la administración de empresas y la contaduría pública, que tienen como papel principal hacer avanzar la racionalidad instrumental en busca de la eficiencia, no fueron demandadas a pesar del intento de encontrar mercados internacionales para los productos colombianos en el siglo XIX, ni tampoco lo fueron en el despertar de la industrialización en el siglo XX, como tampoco hacia 1923, cuando se organiza el Banco de la República y el sector financiero. Los colombianos pudieron prescindir de estas disciplinas durante siglo y medio de vida republicana, que fueron cubiertas con relativo éxito por los ingenieros civiles de la Escuela de Minas de Medellín y por los abogados formados en la Universidad de Antioquia que tenían conocimientos administrativos y económicos básicos y alguna formación en hacienda pública.

Se trata de investigar, entonces, la historia de la Escuela de Economía (1944), desde 1952 llamada Facultad de Ciencias Económicas, bajo el contraste de su aporte a la vida económica regional y nacional desde las empresas, los gremios y las entidades públicas, en un momento en que los agentes económicos identifican la necesidad de un desarrollo capitalista pleno en una sociedad que también tiende a modernizarse, más allá del aporte de las tradiciones y el sentido común. Las ciencias económicas cultivadas en el mundo anglosajón, y las teorías y técnicas de la planificación económica propias de economías con métodos de producción socialistas, serán en adelante los referentes de la formación profesional, y para ello se requiere un esfuerzo organizado y continuo, una nueva tarea estratégica para la Universidad de Antioquia, y para la universidad pública recién establecida en Bogotá, la Universidad Nacional de Colombia.

Antecedentes

Si esta afirmación de un desarrollo tardío de las profesiones de Economista, Contador y en menor medida de Administrador de Empresas se acepta como cierta, este ensayo debe proveer los aspectos de la historia económica colombiana y de nuestra propia Universidad de Antioquia que expliquen la aceptación y desarrollo de los programas académicos emprendidos en medio de la penuria económica originada en la segunda guerra mundial, y que se desenvuelve, entonces como ahora, bajo unas precarias condiciones sociales, en las cuales se destacan la violencia y la progresiva desigualdad en la distribución de la riqueza, a pesar del crecimiento económico positivo a lo largo del siglo.

La fundación del primer programa de economía del país se hace la Universidad Nacional de Colombia (creada por la Ley 68 de 1935), esta unido al nombre y la tenacidad de uno de sus profesores, Antonio García Nossa, de quien se cuenta esta anécdota: en 1944, al buscar el apoyo del entonces presidente de la república Doctor Alfonso López Pumarejo, para fundar una Escuela de Economía, éste le respondió: “...si en el país había excelentes banqueros, ¿Cuál es la razón de un instituto que formara economistas?”. A pesar del pobre concepto que le mereciera, el Presidente López Pumarejo aprobó la fundación del Instituto de Economía de la Universidad Nacional.

Sobre la orientación académica, los conceptos del profesor García Nossa coinciden con aquellos de destacados intelectuales latinoamericanos, quienes habían entendido que las ciencias sociales debían estar al servicio de los pueblos desfavorecidos por el mercado mundial y vulnerables por la repartición de la riqueza nacional. Entendida como instrumento de conocimiento y cambio, la ciencia económica que se impartió en los primeros años en el Instituto de Economía pretendió formar economistas críticos, que conocieran las teorías económicas contemporáneas, pero también, los escritos de los intelectuales latinoamericanos y del país; como horizonte profesional buscaban ejercer su influencia, de modo predominante, en el Estado.

La fundación de la Escuela de Economía de la Universidad de Antioquia ocurre en el mismo año pero su historia es de naturaleza diferente al programa de economía de la Universidad Nacional. La Escuela de Economía es fundada en 1944 como una parte de la Facultad de Derecho, y tiene como trasfondo ideológico el triunfo del republicanismo, posición liderada por Carlos E. Restrepo tres décadas atrás, cuya divisa fue “formar más ciudadanos útiles y productivos, y menos copartidarios, intolerantes y sobrepolitizados, para lo cual la educación se convirtió en algo estratégico”. Ésta concepción permitió a los fundadores del programa buscar una formación idónea en lo económico, como un proyecto intelectual centrado en la disciplina económica desarrollada según parámetros internacionales. El inicio del programa se dio en medio de las confrontaciones entre los defensores del liberalismo no intervencionistas y los seguidores de Roosevelt y de Keynes, quienes a la larga prevalecen, lo cual puede constatarse en las publicaciones de discusiones académicas en economía en los años treinta, en la recién estrenada Revista Universidad de Antioquia, aún antes de iniciado formalmente el programa de Economía.

El hecho de que surgiera en el seno de la prestigiosa Facultad de Derecho, que fuera tan cuestionada en los años treinta por su alejamiento del ideal práctico, identifica a los aspirantes a economistas como expertos que racionalizarán la función productiva y de gestión de las empresas privadas y el gobierno, serán junto a los químicos farmacéuticos, las enfermeras y los educadores el aporte pragmático de la Universidad. Desde otra perspectiva puede afirmarse que a diferencia de la Universidad Nacional, también universidad pública,

la Escuela de economía no pretendió la formación de estadistas mediante un proyecto progresista y secular, sino que entendió la urgencia de formar profesionales idóneos al servicio de las empresas y del Estado.

Como fundador del programa de Economía se reconoce al doctor Jorge Eduardo Cárdenas Nanneti, quien en 1944 diera forma a la idea del Profesor Elías Abad Mesa, Decano de la Facultad de Derecho, de fundar el programa de economía, lo cual se hizo mediante el Acta 760 de octubre 20 de 1944 del Consejo Directivo de la Universidad de Antioquia. El doctor Cárdenas Nanneti quien también fuera profesor de la Universidad Nacional, aportó su orientación académica al programa en los primeros dos años del mismo.

El primer plan de estudios, que hoy calificaríamos de híbrido, estableció estudios por cuatro años en el que el derecho, la administración y la contaduría tenían un peso importante; dicho plan también se caracterizó por el interés de identificar problemas nacionales mediante cátedras como la Geografía y la historia económica colombianas. El fortalecimiento del programa es evidente en 1952 cuando es separado de la Facultad de Derecho para ser administrado por la Facultad Mayor de Ciencias Económicas. En cuanto a los objetivos, se cumplió plenamente el doble imperativo de formar directivos para las empresas en expansión y expertos para el Estado colombiano, que ganaba nuevos ámbitos de intervención con la coyuntura de la segunda guerra mundial ya que la escasez de materias primas y bienes básicos como el cloro o las llantas lo obligó a incursionar en la producción industrial que se añadía a las funciones monetarias, financieras y de política fiscal ya conocidas .

La búsqueda de un perfil más adecuado al desarrollo de la disciplina fue un objetivo constante de los directivos de la carrera, quienes en un lapso de diez años lograron transformar el plan de estudios desde una carrera de derecho con pinceladas de economía, a una carrera de economía con algunas materias de derecho, como lo sustenta el estudio comparativo de los planes de estudios de la época y la consideración de las listas de docentes de este período. Este ciclo culmina con varios hechos de importancia para el futuro de la Facultad de Ciencias Económicas: el primero, la creación de la carrera de Contaduría Pública (Acuerdo 3 del 19 de septiembre de 1962), el segundo, la fundación del Centro de Investigaciones Económicas CIE (Acuerdo 5 del 9 de Marzo de 1962) que permitió a profesores y estudiantes recibir la influencia de investigadores reconocidos de la economía colombiana, y, finalmente, la creación de un Departamento de Matemáticas para atender las cátedras respectivas en los programas de la Facultad.

La fundación del programa de Contaduría Pública es un caso representativo de la urgencia por profesionalizar un saber extendido informalmente, que solo fue protegido por la Ley 145 de 1960 a pesar de su presencia social desde los años veintes cuando por recomendación de la Misión Kemmerer se ordena el sistema financiero nacional, la hacienda pública, el Banco de la República (1923), la Contraloría General de la Nación y la Superintendencia Bancaria. Mención especial debe hacerse de la obligatoriedad del revisor fiscal, como elemento del desarrollo de la profesión contable.

Años sesenta o el conflicto de los fines

Pero la claridad y armonía de las primeras dos décadas se transformaría pronto en cuestionamiento y malestar. En efecto, no todo fue progreso material y académico ya que hacia 1965 la Universidad colombiana se embarca en discusiones políticas y sociales que no demoran en resonar en los claustros universitarios. Al respecto María Teresa de Hincapié resalta :

No debe perderse de vista que los años sesenta estuvieron marcados por cambios internacionales importantes para la subregión latinoamericana, originados en los cambios de concepción de la política de Estados Unidos con relación a sus vecinos en el contexto del balance este-oeste. Bajo este compromiso global era necesario replantear la filosofía de la educación superior hacia los nuevos propósitos y por esto pueden encontrarse algunas influencias efectivas sobre las instituciones económicas públicas y los centros de educación superior como la Universidad de Antioquia. .

Los años sesenta no fueron solo de propósitos de crecimiento económico, ya que en América los diversos estamentos de la sociedad reconocieron los fracasos de los gobiernos latinoamericanos de aprovechar la intervención racional y selectiva del Estado para elevar el nivel de vida de sus ciudadanos, y asegurar niveles crecientes de bienestar, lo cual generó una confrontación entre quienes apoyaban proyectos radicales de inspiración marxista-leninista, frente a proyectos liberales, como el keynesiano o el cepalino, que se la jugaban por un grado creciente de planificación sin cambios fundamentales en la sociedad de mercado. Las universidades colombianas, y con ellas lógicamente la Universidad de Antioquia, encuentran en la Facultad de Ciencias Económicas los voceros de esta discusión que es propia de su disciplina intelectual, agrandada y modelada por las posiciones políticas. No debe extrañar entonces que tratándose justamente de la Facultad en la cual era lógico tratar la oposición capitalismo-socialismo en función de la teoría económica, los temas del desarrollo económico y de la planificación, profesores y estudiantes del programa de Economía ocuparan un lugar destacado en esta confrontación. .

Del orden institucional no puede pasarse por alto la reforma de la Universidad de Antioquia siguiendo el modelo por departamentos, propio de las universidades norteamericanas, y la centralización física que en 1968 trasladó gran parte de la Universidad a la ciudadela, sede actual. El carácter cerrado de las profesiones, entre ellas la economía y la contaduría pública, se transforma para entrar a compartir una nueva identidad de universitarios que no tardaron en moverse al ritmo de las grandes tendencias culturales mundiales al final de los años sesenta. Esta convivencia ampliada reforzó la idea de la economía y la contaduría pública como profesiones modernas, con egresados idóneos en la medida en que el desempeño profesional alcanzaba las altas esferas del gobierno, en ministerios y entidades públicas o los centros de poder de los nacientes grupos oligopólicos privados; contadores y economistas con énfasis en administración de empresas o con economistas con énfasis en planificación y desarrollo, la Facultad de Ciencias Económicas era la cantera de líderes estudiantiles de distintas militancias políticas, a veces bruscamente interrumpidas por el ingreso a la vida laboral.

Pero los años sesenta no son sólo años de eventos mundiales y nacionales; continuando con su revisión permanente, la Facultad de Ciencias Económicas conocerá una reestructuración académica importante, cuando era dirigida por el doctor Javier Toro Ochoa, quien agregó nuevas materias de profundización y exigió el desarrollo de pedagogías que mejoraran los niveles de comprensión de lectura y el nivel matemático, como se hacía en las universidades francesas donde se había formado. En adelante, los vínculos académicos con Francia se estrecharon, y los profesores vinculados empiezan a viajar a ese país, lo que elevará el nivel académico y las tendencias formativas de las generaciones de economistas y contadores en los años setenta.

En lo administrativo, las autoridades universitarias fusionan la Facultad de Contaduría con la Facultad de Ciencias Económicas, y así el programa de Contaduría Pública será ofrecido desde entonces desde esta Facultad de Ciencias Económicas, que administra además los programas de economía con énfasis en

planificación y desarrollo, y economía con énfasis en administración de empresas, contando para ello con sendos departamentos académicos, además del de matemáticas.

Años setenta, región o país

Otro aspecto a destacar de esta época compleja es el cambio de centro de gravitación de lo regional a lo nacional, con lo cual la Universidad ve transformada la esfera de sus decisiones, más atada a los entes centralizados de financiación y control por parte de la Nación, con lo cual se empieza a separar de su papel privilegiado como motor de la región antioqueña, para ser cada vez más una entidad objeto de medidas gubernamentales centrales que no siempre están en consonancia con los estamentos universitarios.

Pero paradójicamente, mientras la Universidad de Antioquia empezaba a transitar por caminos nuevos de la región a la nación, los programas de economía (en sus énfasis de Planificación y desarrollo y de Administración de Empresas) y contaduría ratificaban el prestigio académico originado en su tradición que siempre había mirado como objetivo de su formación la adecuada comprensión del papel económico del Estado, de un Estado Nacional que superaba en alcances las necesidades de la región. La idoneidad profesional de los egresados se corroboró con creces en las distintas instituciones públicas y privadas del país.

En los años setenta los aspirantes a la carrera de economía podían elegir su diploma de economista con énfasis en Planificación y Desarrollo, o con énfasis en Administración de empresas, continuando la dicotomía público-privado que marcó el ejercicio de la profesión en sus comienzos. Sin embargo, en los años setenta se hicieron evidentes las rivalidades internas especialmente entre los administradores de empresas y los economistas expertos en planificación y desarrollo, rivalidad que no fue exclusiva de la Universidad sino que venía de otros centros de formación de administradores especialmente de Bogotá. El punto de discusión se centró en las posibilidades de la investigación, que se fueron inclinando cada vez más hacia los planificadores que llegaron a controlar totalmente el acceso al Centro de Investigaciones Económicas, que acrecentaba su prestigio en varias líneas de investigación sobre economía colombiana, mientras se negaba que las preocupaciones de los administradores fueran de la misma profundidad y trascendencia; un movimiento separatista llevó a la aprobación del programa de Administración de Empresas (Acuerdo del Consejo Superior No.2 de marzo 7 de 1975) que viene otorgando este título desde octubre de 1979, y a la creación del Centro de Investigaciones y Consultorías Administrativas Cica, creado por el Acuerdo Académico 38 del 19 de agosto de 1983.

Sobre el programa de Administración de Empresas es conveniente recordar que desde los comienzos de la industrialización en Antioquia la Escuela de Minas formó los ingenieros administradores que tuvieron a su cargo la dirección de las empresas hasta los años sesenta, cuando universidades como Eafit, en Medellín, o la Universidad de los Andes, en Bogotá, tomaron a su cargo la formación de los relevos generacionales. Como ya se dijo, los administradores formados en la Universidad de Antioquia se articularon con éxito al mercado laboral pero bajo el título de economista, lo cual puede generar la falsa idea de que se trata de una carrera reciente, negando con ello el medio siglo de experiencia que de hecho ostenta este programa.

Los cambios estructurales de la Universidad en los años sesenta no fueron los últimos, ya que de Facultades autónomas por programa se pasó a un Instituto de Estudios Generales en los sesenta y la Facultad de

Ciencias y Humanidades (1969); allí una férrea competencia de las disciplinas probaba durante cuatro semestres la vocación de los aspirantes, presentándose con frecuencia deserciones en masa de los programas, y no pocos casos de vocaciones tardías, muy diferente a los claros días de los años cuarenta cuando todos parecían saber la suerte que escogían al definir la profesión. En 1979 otra reforma separó la gran Facultad de Ciencias y Humanidades en tres dependencias (Ciencias Exactas y Naturales, Ciencias sociales y Ciencias Humanas), lo cual enturbió aún más el panorama de la vieja Facultad de Ciencias Económicas que ahora le tocaba escoger por razones administrativas sus compañeros de viaje. Pudo ser parte de la Facultad de Ciencias Sociales pero primó, sin duda, la definición de una ciencia económica técnica y neutra sobre la economía como una ciencia social, permaneciendo como unidad académica independiente. Al inicio de los años ochenta se consolida la estructura de la Facultad de Ciencias Económicas que administra tres programas bien diferenciados: Economía, Contaduría Pública y Administración de Empresas, áreas que a pesar de algunos nuevos intentos separatistas cohabitan todavía en el presente.

Los designios del oráculo

En los balances globales se suelen cometer injusticias, sobre todo al intentar caracterizar como similar un proceso de desarrollo que de por sí es diferenciado y complejo. Quedan por fuera logros tales como las investigaciones y publicaciones, los eventos académicos que proyectan el pensamiento de los académicos al medio, la consolidación de las asociaciones profesionales, acreditación de los programas de contaduría y economía, la especialización y luego la maestría en economía y la búsqueda del mejoramiento docente. Pero este balance que parece corto lo ha logrado la Facultad de Ciencias Económicas a pesar de que su desenvolvimiento se ha dado bajo directrices nacionales no siempre coherentes, y sobreviviendo como la ciudad misma, a la violencia de todas clases, que amenaza su presente y su futuro institucional.

Al caracterizar este tiempo difícil desde dos décadas atrás, la profesora María Teresa de Hincapié destaca la ruptura de los vínculos entre la Universidad de Antioquia y la región antioqueña, como el factor de pérdida de contacto del Alma Mater con las necesidades del entorno; extrañada de sus fines originales, la institución pasó a servir intereses generales y etéreos, sus egresados lejanos a las preocupaciones que iniciaron el estudio de las ciencias económicas como proyecto transformador de la realidad social, se aferraron a la profesión como un fin en sí mismo, y se dispersaron sin pasado ni pertenencia, rompiéndose el vínculo Universidad-sociedad.

Pero respecto a los propósitos que se trazara la Facultad de Ciencias Económicas de formar profesionales que aportaran a la cristalización de una racionalidad instrumental, puede asegurarse que no se ha fracasado. Según el investigador Jesús Antonio Bejarano, así está el estado de la profesión económica (que en un sentido amplio incluye también a los administradores y contadores) en Colombia :

... los economistas han sido el grupo de profesionales de mayor crecimiento en las burocracias de los países occidentales y, en gran medida han desplazado profesiones más antiguas, como el Derecho o la Ingeniería, en las tareas del gobierno... Colombia no escapa a esta tendencia general. Sobre todo a partir de la década del sesenta, se experimenta un considerable aumento de los programas en ciencias económicas y, por

consiguiente, una ampliación del número de profesionales en economía... Es cada vez más visible, por otra parte da presencia de los economistas en la vida política nacional...

Así, a pesar de las dificultades propias de una universidad pública en medio de crecientes conflictos sociales, el norte inicial de la Facultad no se ha perdido, se ha adaptado eso si a las nuevas demandas, con una respuesta que parece dar la razón al republicanismo: formar ciudadanos útiles y productivos antes que copartidarios fanáticos y mesiánicos.

Finalmente, el balance hasta el presente no nos garantiza la existencia hacia el futuro: como parte de la sociedad civil y como parte del Estado, nuestra Universidad no puede sobrevivir por sí misma a los conflictos armados y a las guerras fratricidas, pero no puede quedarse tampoco esperando una solución completa para trazar su rumbo. La Facultad de Ciencias Económicas como el Rey Midas, está por la naturaleza de su objeto de estudio muy cerca de la generación de la riqueza, pero también, sus miembros en todas las épocas, han entendido que no todo puede convertirse en oro. Fundir con su compromiso profesional unas dosis de sentido crítico, como lo soñara el profesor García Nossa al proponer el estudio de las ciencias económicas en Colombia, podría ser un camino decoroso entre un estudio del estado del arte, que como profesionales no podemos ignorar, y el reconocimiento de la importancia del saber económico para construir una patria digna, bajo un compromiso ético que no queremos declinar.

Por lo demás, sería muy triste dejarle todo este país a los banqueros.....